

Con todo, la novela mantiene el interés del indiscreto lector desde el principio al fin, aunque la autora apenas varíe el estilo de unos a otros remitentes, lo que induce a considerar de un modo inevitable la presencia de un narrador omnisciente. No obstante, la variedad de registros introducidos gracias a la aparición de tipos —el pistolero y delator que pasa del comunismo al falangismo y la represión; la enigmática amante, maestra republicana; un empleado de banca ultracatólico y reprimido...— y momentos dramáticos o placenteros evocados en la abundante correspondencia, alivian la tentación de avizorar falta de contraste o un tono monocorde en el relato. Llama la atención, en cualquier caso, la libertad con la que todos los personajes de la España interior se manifiestan en las cartas, tanto en las escritas en la

sordidez de las trincheras como las enviadas desde Bilbao a Barcelona o Burgos. Y aunque ocasionalmente la autora sugiere que se utilizan canales indirectos para hacer llegar las misivas a los destinatarios, no siempre la redacción obedece a las necesarias cautelas que se debían adoptar en aquellos tiempos de plomo en los que la censura y la delación no obedecían precisamente a dictados literarios.

Cartas desde la ausencia aporta un punto de frescura narrativa en el muy saturado ambiente de relatos que apoyan su interés en los mil y un recovecos de la guerra civil. —VÍCTOR PARDO LANCINA.

Emma Riverola, *Cartas desde la ausencia*, Barcelona, Seix Barral, 2008.

Descubriendo a Bolaño

LA figura de Roberto Bolaño ha adquirido en unos pocos años, desde la aparición en 1998 de *Los detectives salvajes* y, sobre todo, desde la publicación póstuma de *2666* en 2004, una dimensión mítica que sólo el tiempo se encargará de reafirmar o deshacer. La muerte del autor chileno, el hecho de que su obra pueda considerarse clausurada (y también, como consecuencia inevitable, el hecho de que Bolaño

no pueda matizar lo que se dice de él, ni burlarse de sus exegetas), ha permitido un suceso en cierto modo insólito: la interpretación inmediata de su literatura, la elaboración y fijación de un *corpus* crítico, cuando apenas se ha terminado de leer *bien* todo lo que su narrativa, su poesía y su obra ensayística pueden ofrecer (en el caso de que puedan delimitarse con precisión estas tres vertientes de su obra). En 2003, con la desapa-

rición física de Bolaño, se aceleró un proceso que había comenzado en vida del autor y que refleja una tendencia que cada vez asola más el mundo académico: una cierta urgencia, de parte de ciertos estudiosos, por tomar posiciones y decir lo que nadie ha dicho todavía, por ser los primeros en determinar la lectura y la recepción de una obra felizmente multiforme y esquiva. Se trata de un hecho tan objetivo como peligroso. Las lecturas superficiales y anecdóticas condicionan tanto la interpretación contemporánea como la interpretación futura, y lo que se escriba hoy sobre Bolaño se repetirá de manera forzosa (y forzada) tanto en el futuro próximo como en un futuro lejano que apenas podemos entrever. Esta situación hace que cualquier libro sobre Bolaño deba leerse al mismo tiempo con curiosidad y cautela, y que los devotos del autor expresen su prevención ante todo lo que se escribe sobre su héroe. De algún modo, cada lector de Bolaño considera que la obra de Bolaño le pertenece, y que las interpretaciones ajenas constituyen una violación de ese santuario privado construido desde la lectura individual. Todo esto debe tenerse en cuenta a la hora de afrontar *Bolaño salvaje*, el segundo volumen que la editorial Candaya dedica a los autores que conforman el canon de la literatura contemporánea en español. En este caso, sin embargo, la prevención inicial se diluye poco a poco a medida que uno lee la colección de ensayos y artículos allí reunida, sobre todo porque la intención del li-

bro no busca la fijación interpretativa, sino un equilibrio (difícil) entre lo informativo y lo académico, entre el testimonio y la exégesis, cuya voluntad de recopilación, de archivo, huye de la vertiente autoritaria de algunos volúmenes similares. El lector se encuentra ante una sucesión de textos muy variados que pueden desconcertar o irritar de manera individual, pero que forman, en conjunto, un mosaico revelador del *status quo* en lo que a la lectura de Bolaño se refiere. Los seguidores de Bolaño conocen ya, sin duda, alguno de los textos que aparecen en la recopilación, por ejemplo el texto que el propio Bolaño leyó en Caracas cuando recibió el premio Rómulo Gallegos («Discurso de Caracas»), el excelente prólogo («La batalla futura») que Juan Villoro escribió para *Bolaño por sí mismo* (Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2006) o los artículos, marcados por la sensación de pérdida, de Enrique Vila-Matas («Un plato fuerte de la China destruida») y Rodrigo Fresán («El samurai romántico»). Pero la voluntad multiforme del volumen incluye reminiscencias personales de la juventud de Bolaño en México («El agitador y las fiestas», un testimonio desmitificador de Carmen Boullosa), reflexiones en torno a los problemas que plantea, desde el punto de vista de la recepción, la estatura mítica del autor de *Llamadas telefónicas* (las aportaciones de Carlos Franz y Jorge Volpi), lecturas particulares de otros escritores (Edmundo Paz Soldán, Fernando Iwasaki y Alan Pauls, entre otros) y un grupo nutri-

